

KOSTAS E. TSIRÓPULOS

EL SIGNO DE PUNTUACIÓN



Centro de Estudios Bizantinos,
Neogriegos y Chipriotas

KOSTAS E. TSIRÓPULOS

EL SIGNO DE PUNTUACIÓN

KOSTAS E. TSIRÓPULOS

EL SIGNO DE
PUNTUACIÓN

Sobre Antroponimia

Traducción de
Vicente Fernández González



Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas

Biblioteca de Autores Griegos Contemporáneos
Director de Serie: Moschos Morfakidis

DATOS DE PUBLICACIÓN

Título original: *To σημείο τῆς στίξης*

Autor: Kostas E. Tsirópulos

Traducción: Vicente Fernández González

Nº en la serie: 5

pp.: 38

1. Literatura neogriega. 2. Ensayo

© Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas
C/Gran Vía, nº 9-2ºA, 18001, Granada/ Fax: 958-220874
Maquetación y diseño: Jorge Lemus Pérez
Fotografía de la portada: Vassilis Gonis
ISBN: 978-84-95905-64-2

Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción total o parcial de la presente obra preceptiva autorización.

1. Paseando un atardecer por el Cementerio sentí el silencio y la soledad rasgar mi exiscia cotidiana y palpar la escondida desnudez de mi alma. Al principio reparé en los callados cipreses, a cuyas copas los pájaros se retiraban bulliciosos a ocultarse de la noche cercana. Luego, mi mirada fue descendiendo hacia las flores que, sofocando su esplendor diurno, se disponían a velar a sus difuntos. Por fin, se posó en las blancas sepulturas, de donde el sobrenatural resplandor de aquella hora elevaba al cielo los *nombres*, grabados en su frente, de los que allí descansaban.

2. Empecé a leer las lápidas y al momento sentí dentro de mí plenitud de nombres y, a mi alrededor, multitud de personas. Relacionando esos nombres con las fechas de nacimiento y defunción, pedía a mi fantasía que las recreara, que las resucitara y me permitiera conocerlas en la integridad de su existencia. Pero mi fantasía permanecía fulminada, impotente, falta de recursos para crear una persona a partir de su nombre, incluso cuando sobre la sepultura se erguía alguna imagen de mármol o se encontraba alguna fotografía de su aspecto en vida. Entonces, de repente, reconsideré el Cementerio verdaderamente como lugar de descanso de cuerpos muertos, pero también de presencia perenne de nombres. Esos nombres —y me refiero a los nombres y apellidos, por supuesto— se me antojaron, en aquel momento, *vestigios de inmortalidad*, ahora que la muerte había ocultado el cuerpo que los llevaba, para poder, libre de obstáculos, acompañarlos en el silencioso viaje. Porque Plutón parece «no querer vivir en la sociedad de los hombres mientras que éstos conservan sus cuerpos» (Platón, *Crátilo*, 400). Ahora que los han perdido flota en sus sepulturas su señal eterna: su nombre. Puede que el oculto

cuerpo fuera el signo del alma (véase de nuevo el “Crátilo”), pero ese nombre grabado sobre el fosforescente mármol, es la *impronta* cumplida y probada que el mundo trazó de su existencia plena entre los vivos. Nombre que atraviesa el silencioso ponto de ultratumba para llegar, a través de las oraciones, hasta Dios, que se muestra como *obligado* a conocer y distinguir a la persona-alma por su nombre mundano. Si el cuerpo es el signo del alma, el signo del cuerpo es el nombre, que declara y designa la presencia del hombre en el mundo. La suerte de toda nuestra existencia parece estar ligada a cuatro palabras: cuerpo, signo, alma, nombre.

3. Con el consejo de la noche, me paro a considerar lo que vi al atardecer y lo que, viendo, adiviné. Vi los *signos* de los hombres sobre el mármol emplazándome a una exploración y a un desciframiento: cada uno de esos nombres «es a la vez un “medio ambiente” (en el sentido biológico del término)... y un objeto precioso, comprimido, embalsamado, que es necesario abrir como una flor» (Roland Barthes). El hecho de que existan certifica que las personas que los llevaron existieron, y, en la medida de la memoria de sus nombres, existen aún hoy, puesto que sobre sus sepulturas florecen, exactos e inalterables sus nombres. El nombre es su signo, aunque se olvidara o perdiera —como en el caso del cristalino poeta Andreas Calvos— la forma carnal. El hombre es ya su *figura cifrada*, el estigma que los significa en el mundo de los vivos. Este nombre es una presencia, pero es también una ausencia. *In praesentia*, el nombre-signo, *in absentia*, el significado. El nombre, así como la pintura es la “imitación de las cosas” platónica, es conclusión, culminación de hombres-personas. Presencia. No sólo el cementerio, la vida entera está sembrada de *antropónimos*, como la tierra de *topónimos*. La lengua figura con nombres propios otra naturaleza, más profunda, más misteriosa.

4. La criatura humana llega de la palpitante oscuridad del vientre materno con lágrimas, anónima. La sociedad, legalmente organizada, la recibe asignándole al punto un apellido. La ley, más exactamente, se enseñorea del ser humano desde que este comienza a vivir dentro de un cuerpo materno que es portador de un nombre. En el nacimiento, junto con la aparición de la persona tiene lugar la *aparición* del nombre familiar, del apellido. No puede aceptar la sociedad humana organizada el anonimato porque, de otro modo, la ley no puede funcionar. La sociedad necesita para su supervivencia *denominar* a los hombres.

5. Los antiguos griegos al nombre de toda persona añadían el del padre y el del lugar de origen. Estos tres elementos-nombres conforman la *espaciotemporalidad* del ser humano en la antigüedad. Espacio es el nombre que designa el origen; tiempo, el nombre del padre, que denota el punto de sucesión en el río de la sangre manada de las entrañas del fundador de la familia-nombre (Porque la familia implica un desarrollo biológico en el tiempo, pero, también, es un nombre). Finalmente, el nombre de la persona es el *signo de puntuación* de la misma, en cuanto existencia en el seno del espacio y del tiempo; nombre con frecuencia cargado de significación, lleno de poder de evocación. Las lápidas que, en pie, proclaman sus nombres en el Cerámico o en el Agora antigua, son sus huellas en el mundo, el honor de haberlo vivido. Puesto que, como afirman Heródoto y Plinio, constituye desviación de la naturaleza el que no dispongan de nombre todos los seres humanos, como los atlantes del norte de Africa. El nombre de la persona integra su substancia: al llegar a la vida se enfrenta al mundo en cuanto carne y en cuanto nombre. Con su firme mano escribió Homero: «Pues ninguno de los hombres carece completamente de nombre, ni el hombre del pueblo ni el noble, una vez que han nacido. Antes bien, a todos se lo ponen sus padres una vez que lo han dado a luz» (*Odisea*, Canto VIH/ 550-560). Y cuando

Polifemo pregunta a Ulises quién es —dioses y semidioses se entienden con antropónimos—, él responde llamarse “Nadie”, desvaneciendo así su presencia y su identidad bajo el peso del cautiverio y de la amenaza de muerte. Así como se mutila el nombre de los esclavos, se aniquila el de los ciudadanos cuando éstos pierden la libertad. He aquí los ideales de la Grecia antigua.

6. Del frondoso bosque de sentidos del mundo griego pasamos a la disciplinada, prosaica sociedad romana, donde los antropónimos adquieren la frialdad de los documentos notariales: Todo ciudadano romano —excepto las mujeres— lleva: a) *Praenomen*, nombre personal que no se utiliza más que en la familia o en ambientes íntimos. Se escribe solo la inicial del primogénito, sus hermanos heredan el mismo *proenomen* añadiéndose para su diferenciación *Secundus, Tertius...*, según el orden en que vieron la luz y la noche, b) *Nomen*, que significa hijo de...: *Cornelius*, hijo de *Cornelio*. c) *Cognomen*, nombre de la familia, *Catulo*, de la casa de *Cato*. Y, finalmente, d) *Agnomen*, nombre referido a los rasgos característicos de la persona (*Flacus*), o de su vida (*Africanus*).

7. Mas los antropónimos son elementos orgánicos de la historia, como los seres humanos que los llevan. Llega el cristianismo a arrebatarse el mundo a la historia de la palabra y a elevar la vida al éxtasis de la revelación. Los nombres romanos, que entre tanto, habían desechado el *praenomen* y el nombre de familia para remontarse a nombres personales e intrasferibles, inspirados en virtudes e ideas, son absorbidos poco a poco por los nombres cristianos, los cuales, no obstante, hunden también sus raíces en virtudes e ideas. En la imposición del nombre a la persona del nuevo ser intervienen el sacramento del bautismo y los cánones de la iglesia, ya desde el siglo IV. En el seno de estos cánones resuena la profunda voz de la tradición, que regula y conforma nuestra vida y nuestro nombre.

A partir de virtudes e ideas, principalmente, sin embargo, de la ascendencia y de las propiedades de algún antepasado (estigmas en el cuerpo, peculiaridades del carácter, oficio) se han formado, también, la mayoría de los *apellidos* en el ámbito de la Grecia moderna. (Con todo, me impresiona la coincidencia de estas observaciones que hago en la noche, al reflexionar e investigar las raíces de los apellidos que llevan las personas pertenecientes, por ascendencia, a las lenguas francesa, castellana e inglesa. Las mismas fuentes de apellidos se registran en sus fecundos dominios.) En el griego moderno, particularmente, el apellido tiene además otra elocuente denominación: se llama también epíteto, pues, realmente, en la mayor parte de los casos se trata de la cristalización de la particularidad de la persona-antepasado que lo origina; particularidad cuyo recuerdo, al recorrer todo el árbol genealógico, frecuentemente se pierde o cae en la inercia, desgastado por el uso.

En la práctica griega contemporánea, la lengua inviste a la persona con un *nombre* (el del bautismo: normalmente el de los abuelos; nombre que en alenancia preestablecida aspira a perpetuarse); un *apellido*, que consolida la tradición de la familia y ubica a la persona en la historia social; un *patronímico*, que completa la determinación lingüística fundamental del ser humano y concreta su ascendencia. Estos tres elementos, no obstante, demuestran, con sincera disciplina, que la persona pertenece a una *lengua* determinada y está sujeta a una tradición lingüística probada, generalmente aceptada, que forma parte de los más sagrados usos de una nación.

8. Oficia la vida en los nombres de los hombres, aun cuando no concuerda con la tradición familiar. Concuerda con algo más profundo: la tradición de la lengua. El mundo sensible y suprasensible inspiró a la lengua palabras especiales para las personas y la lengua tiene el poder de replantar estas palabras en los cuerpos de los nuevos seres

humanos y reintroducirlas en su historia. La familia, no obstante, es una historia parcial en el seno de la Historia. Los padres dan a los hijos el nombre de sus mayores y de sus parientes. Pues no basta el secreto enlace de la sangre que conduce los cuerpos a comunión misteriosa, con rasgos comunes de células y atributos. Se transmite el nombre de abuelos a nietos como una antorcha que simboliza evocadoramente la afirmación de la continuidad de la vida, el respeto al pasado, que la memoria de las palabras vivifica, la sumisión al misterio de los procreadores, y la exteriorización, con nombres, de la raíz del ser humano en el mundo. Constituye la primera *entrada* del niño *en la Historia*.

9. El conocimiento prestado enmohece el espíritu y altera la lengua de los hombres. Con todo, ante las refulgentes tumbas vuelvo a recordar que estamos hechos de barro. El primer nombre que surge de las palabras del *Génesis* (2,7) para denotar al primer ser humano, designa tautológicamente el barro. Adán, en hebreo, significa *tierra* —tierra virgen, por supuesto. El Hacedor sumió en éxtasis a Adán para arrancarle la costilla y crear a la primera mujer, que adquiere el nombre de Eva después de su expulsión del Paraíso. Un nombre dado por Dios y un nombre dado por el hombre componen —inefable simbolismo— la primera pareja humana. Desde entonces hemos aprendido que no puede haber hombre sin Dios, ni Dios sin hombre. Su amistad es orgánica. Sólo que Dios no tiene *signo de puntuación*, es decir un nombre. Tiene infinitos nombres, del mismo modo que él mismo es infinito e inaprehensible.

Las raíces de los antropónimos se hunden en el misterio del mundo y hasta el Medioevo arrastran tras de sí misteriosas significaciones que brotan de lo más profundo de la esencia humana y no se aplican, como sostenemos, «a la idea», del objeto (John Stuart Mill). Sin embargo, cuanto más se aleja el hombre del conocimiento y la vivencia de

su misterio, cuanto más se seculariza más se convierte su nombre en un acto de previsión de la sociedad en que vive, un nombre secularizado.

10. La Iglesia, que celebra el ingreso del hombre en su seno con el sacramento del bautismo, vincula el nombre del bautizado con el nombre de Dios. Nosotros, tanteando el mundo con incertidumbre, aprehendimos la vinculación del nombre con la ley de la sociedad y con la tradición — los antepasados. Pero en el sacramento del bautismo, ya en el primer voto «Para hacer un catecúmeno», la válvula del misterio del universo se abre con los nombres: de Dios, del Hijo, del Espíritu Santo— nombres personales, no superposiciones a ideas. La recepción por el niño del nombre que adquiere se realiza a través del nombre de Dios, al que «se *acoge*» el anónimo neófito: «En tu nombre, Señor, Dios de la verdad... poso mi mano sobre tu esclavo (y el padrino aquí pronuncia el nombre) que se ha mostrado digno de acogerse a tu santo nombre.» Y después, pide el sacerdote que el nuevo nombre sea escrito por Dios en el libro de la vida. Por eso hemos dicho que Dios está “obligado” a “conocer” y a “recordar” nuestro nombre. El nuevo nombre no es solo pronunciado, no ocupa lugar entre los compuestos fonemas del habla humana. Es también escrito. Por eso señala Pound: «Hay dos tipos de lengua escrita, una se basa en los sonidos, la otra en la visión». Compuesto con el apellido irrumpe en todas las lenguas de los pueblos, se pronuncia y se escribe. «Quedarse fuera de toda lengua, significaría morir» (Peter Weis). Acompaña al hombre, velando por su identidad, como substancia suya y parte en la *cultura de las palabras*, para venir en su momento a cubrir el cuerpo en su descanso de la tumba con la mención, onomástica de nuevo, de la Iglesia que ora. En tanto vive, el hombre hace fermentar su nombre con la realidad, lo llena de sí mismo en el espacio y el tiempo. La luz de esta plenitud emiten las tumbas sobre las que puede leerse un nombre.

11. La fermentación de los antropónimos con la realidad adquiere mágicamente dimensiones funcionales y actúa míticamente en las sociedades míticas cuya carne no ha sido aún rasgada por el diente de la cultura europea. En los pueblos de los Trópicos (Levi-Straus) o del Artico (Jespersen) el nombre de la persona es mágico, enriquecido con la facultad vital de legar las propiedades de la persona que lo llevaba, tras su muerte, a otra persona que lo asume. Entonces también el alma, pendiente, podría decirse, del nombre en cuestión, se sosiega. De otro modo, menos o nada mítico, vivimos nosotros el nombre de una persona. Lo afrontamos y lo usamos como *signo diacrítico*. Y sentiríamos perplejidad, tal vez pánico, si vagando un día por un cementerio comprobáramos horrorizados que todos los difuntos llevan el mismo nombre y los mismos apellidos. Semejante abatimiento experimentaríamos en la vida cotidiana, si las personas que tratamos no tuvieran nombre o si llevaran todas el mismo, porque sería como si las personas tuvieran el mismo semblante, el mismo cuerpo, la misma voz. Perderíamos la razón con semejante pesadilla porque nos faltarían los signos de puntuación de los demás. Al encontrar personas con semblante familiar, pero cuyo nombre hemos olvidado, apremiamos a todos nuestros sentidos a despertar y a la memoria a dotarnos de nuevo de un nombre-guía. Porque los nombres son “encuentro de los seres” (Platón). Y el encuentro de los nombres y apellidos es encuentro de las personas a las que marcan de por vida.

12. ¿Qué es el nombre? Nunca, antes de aquella mística percepción de mi conciencia en el cementerio, había sospechado la riqueza del misterio de que somos portadores con nuestro nombre. «El nombre significa el objeto. El objeto es su significado», señala Wittgstein desde su trágicamente madurado silencio. El nombre y apellidos, pues, de una persona significan a esa persona con *clásula de ex-*

clusividad. Mas, si *la significan*, constituyen sustancia de su existencia desarrollada en palabras. Aún más: si *han de significarla*, son palabras afectadas de una convención social primaria que emerge en la persona, en la existencia entera.

Creo que *la significan*. Son inherentes a su existencia y si el funcionamiento social no desampara dejándola, sin nombre, anónima, a la persona, ésta tiene dentro de sí, *en potencia*, un nombre *puesto que es persona*. Porque el nombre es “imagen de la verdad” (Fray Luis de León). En rigor, la condición del ser como persona es *condición de signo*, de nombre que se asocia a la persona, en su conciencia. Y este nombre *la significa*, existencialmente la marca, y no la abandona ni siquiera tras la muerte del cuerpo. Siento, en esta noche reveladora, que el nombre de un ser humano pertenece a la *esencia de su existir* y adquiere derecho a vivir en la lengua, en la memoria, en la historia, a ser oído, leído, comunicado, como toda la lengua.

13. Comienzo de nuestra existencia es el cuerpo. Sin éste no se genera nombre; nombre que llevamos filtrado en nuestra carne, identidad que no se desvanece y que funciona *con el cuerpo*, pero *también después del cuerpo*, después de la muerte. En este sentido, nombre y apellido constituyen para el hombre el «primer signo» de Wittgenstein, célula primaria de su existencia con la cual es significado. El nombre es el *significante*, el hombre el *significado*.

14. Ante el peligro de cosificación que esta época enarbolaba con ideologías que «tecnologizan» la sociedad humana, el hombre revela y opone su *persona* interior. Si el hombre es el símbolo de Dios en la Creación, entonces funcionan, o pueden funcionar las particularidades que se conmemoran desde su origen: la imagen y la semejanza de Dios. Su persona es esta huella divina, una posibilidad de deificación delimitada por su libertad. La persona no *parece* sino que es. Y, madura, se aparece, pues la posibilidad de la deificación se asimila a la posibilidad de la

metamorfosis y la *aparición*. Solo la persona puede metamorfosearse y resplandecer divinamente. La persona no es entidad anónima; *es cautivada* por el nombre, por eso el significante posee el significado, así como el significado *demuestra* el significante. El nombre funciona como *signo*, pero sujeto al estatuto de la metamorfosis, también como *símbolo*. Símbolo de Dios. El hombre es «una firma» pero es también una «memoria» en el misterioso «cerebro» de la Creación, memoria que el nombre activa, anima en su papel de *intérprete*. Porque, como subraya Pierce, el signo es una relación *ternaria* que se crea y funciona entre un “objeto” (la persona del hombre aquí), su *representante* (nombre y apellidos) y el intermediario o *intérprete*. Sería atrevido por mi parte reducir esta trinidad a la trinidad de Dios y defender, paralizado por el misterio, que la persona corresponde a *Dios Padre*, el nombre y apellidos al *Espíritu Santo* que ilumina y asiste al ser humano, que mora en él, del mismo modo que su nombre, y el intermediario-intérprete al *Hijo*, que fue el intermediario en la quebrantada relación entre Creador y Criatura e intérprete de la revelación en el mundo.

15. ¿Por qué tener un nombre? Porque tenemos sentidos. «Hacemos uso de letras, sílabas, de palabras, de la escritura y del habla a causa de los sentidos» (Dionisio Areopagita). Somos criaturas de los sentidos porque somos seres corporales. Cristalización de nuestra corporeidad es nuestro nombre. Y cuando pronunciamos un nombre, es como si requiriéramos al ser que lo lleva, lo expresa, lo interpreta. Porque el nombre «es ser sobre el cual recae la búsqueda» (Platón). Y en tanto vive el hombre, su nombre está existencialmente orgánicamente ligado a su semblante, al cuerpo, los sentidos, a toda su viva, móvil respirante, visible y audible presencia. Es su *identidad*, la concurrencia y representación de todos los elementos de su existencia. Empieza el nombre a desprenderse del semblante con

la muerte, pero la relación no se quiebra mientras permanece viva y funciona la memoria. Cuando la memoria de la posteridad se agota, solo entonces, si no quedan trazos —fotografías, retratos u otros recuerdos— el semblante se hunde en las tinieblas de donde solo los clarines de la resurrección pueden sacarle y restituirle sustancialmente cambiado («seremos transformados». Corintios. I, 15, 51-52). Mientras vive, el hombre rechaza este desprendimiento que considera mutilación de su esencia. De ahí las máscaras áureas sobre los rostros carcomidos por la corrupción de los reyes de Micenas, de ahí los adorables retratos sobre los osificados semblantes de los señores egipcios. «El nombre es como imagen de la cosa de quien se dice, o la misma cosa disfraçada en otra manera.» (Fray Luis de León). Ni aun en el postrer viaje, accede el hombre a que el nombre se divorcie de su forma, a que se encuentren separados la memoria de su nombre y el recuerdo de su forma. Porque presente que lo divino, que se apareció al mundo de los sentidos con forma y no como fuerza amorfa, nos conoce y nos acepta como formas. Forma no tiene solo lo visible, tampoco solo lo tangible. Tiene también *forma* lo *acústico*, es decir el nombre. Forma que se teje con sonidos para *ser escrita* y para ser *pronunciada*. Y cuando las formas carnales perecen, como coronas inmarcibles flotan sus nombres en el hospitalario ponto de la muerte: visibles, se leen y se pronuncian. Por eso las tumbas profieren tantos nombres-signos de inmortalidad.

16. El hombre y su nombre son *uno* en el seno de una sociedad, no constituyen unidad de dos elementos. Porque también el hombre solitario del desierto, que es desconocido y anónimo, lleva dentro, en potencia, un nombre. Pero hasta el momento en que su nombre surja a la superficie del conocimiento, es un *desconocido*. Conocemos a las personas a partir de su nombre. Aun el niño pequeño da sus primeros pasos en la lengua escrita

escribiendo su nombre antes que cualquier otra palabra. Viene en conocimiento de sí mismo como individuo aprendiendo su nombre. Toma conciencia de que es con éste como las otras personas lo conocen. Las primeras palabras que aprende a pronunciar se refieren a nombres de personas que ocultan sus antropónimos singulares bajo las palabras “padre” y “madre”.

Conocemos a los escritores y artistas prominentes, incluso si han fallecido, porque conocemos su nombre, que *identificamos* automáticamente en nuestra conciencia con su obra, es decir con su esencia espiritual. El nombre es la *identidad* con el hombre. Lo *identifica*, no solo lo *significa* (Ullman). El nombre conduce la vida del hombre, y los nombres-conductores encarrilan la Historia de nuestra especie.

17. *La Historia es memoria de antropónimos*. Hay acontecimientos causados por fuerzas ciegas (terremotos, inundaciones). Los hechos, sin embargo, de la Historia son forjados por hombres, es decir por nombres y apellidos, o por nombres simples. Hasta la concepción marxista de que la Historia es forjada por la ciega dialéctica del materialismo, que actúa en conjuntos humanos, en pueblos, cuando se encarna en Estados, se transforma en Historia de nombres; de las personas que la inspiraron y le dieron forma. Puesto que la Historia narrará siempre actos de personas para con personas, está obligada a hablar de personas con nombre propio. Y, en consecuencia, a utilizar como material principal antropónimos. Así, de sociedad de hechos, asciende a la *sociedad de nombres*. Saber histórico significa conocimiento de nombres de personas, *visita* de nombres propios.

18. He dicho que el niño prueba su lengua balbuciendo, antes de nada, antropónimos —las palabras *personales* del padre y la madre. Y cuando con su tierna mano toma un lápiz, lo primero que aprende es a escribir su nombre. Y

a escribirlo con inicial *mayúscula*. Este acto de exaltación y diferenciación del nombre humano respecto a los nombres de las cosas que lo rodean, manifiesta su *singularidad*, su *identidad*, su *distintividad* y la particular y siempre igual *composición de sonidos* que lo caracteriza (Uliman). Es, así, el nombre la sagrada huella que deja la lengua sobre el hombre con su misteriosa, sagrada facultad y que, a su vez, el hombre deposita en el seno de la lengua.

19. El nombre y apellidos de una persona significan que existe —o, por lo menos, que existió— un cuerpo materialmente vivo. Porque los nombres de los muertos que leí en los pálidos mármoles del atardecer, significaban que los cuerpos estaban vivos cuando de sus entrañas surgieron sus nombres, gracias a su ser en el mundo. Se ocultaron de nuevo en la tierra, arrastrados por la muerte, y dejaron vivo su nombre en la vida. De tal viveza luctuosa de memoria se nutre la Historia. Porque toda persona que expugró sus puertas con su notoria existencia revive y reviven sus actos cuando actúa la memoria de aquellos que viven y aprenden la Historia con antropónimos. En este sentido, los nombres de los muertos son más *estables* que los nombres de los vivos. Porque no son alterados. Incluso el actual ímpetu desmitificador que late en el espacio de la investigación histórica y amenaza los *nombres* instalados en la Historia, puede tal vez revisar sus actos, resituarlos históricamente, pero no consigue asesinar en la memoria de los hombres los nombres de las figuras que como Historia hemos conocido. *Porque el pasado de la humanidad se enseña con antropónimos.*

20. *Inmortalidad y Memoria* constituyen las caras de la moneda con la que sobornamos al tiempo. De la moneda, porque creemos que lo sobornamos y que lo inmovilizamos, desdeñando la tiranía del desgaste que nos impone. Pero el tiempo finalmente vence, y tras abatir toda la Creación, él mismo será abatido —porque constituye un

elemento de dicha Creación. Entonces la inmortalidad avanzará libre de memoria— cuando el mundo este de la memoria termine y cuando sea asolado el jardín al que los vivos acuden a tomar de la memoria sus dulces y amargos frutos. En tanto exista mundo, en tanto proyecte, a través de la sangre del misterio, el cuerpo humano vivo, en tanto funcionen sentidos, la inmortalidad hablará con el lenguaje de la memoria y la memoria aspirará a alcanzar la inmortalidad para consumarse. Consumación de memoria es, para este mundo, la inmortalidad. Y la memoria tiene como alimento cotidiano los nombres de los hombres. Estos expresan la *estructura* y la *significación* de la Historia. Y dentro de esta se desnuda el significante, que no distintivo, carácter de los antropónimos.

21. Esto significa que el antropónimo no es simplemente una o dos palabras. Es *signo* repleto de sustancia múltiple: de carne, de tiempo y espacio vividos, de acción, de sentidos y sentimientos, de reflexión, de pasiones, de intuiciones “que ningún uso puede reducir” (Roland Barthes). Porque la *constitución*, o mejor: la sintaxis de la existencia humana son sus nombres. Con estos se articulan sus elementos determinando su rostro en el mundo. El nombre-signo *oscila*, de alguna manera, entre el significante y el significado, no es *solo* significante, entre presencia y ausencia. Porque en tanto la persona que lo lleva vive, no es su nombre ni completa presencia, ni completa ausencia. Corporalmente presente es presencia, con un pasado ondeando en la memoria de los otros. Corporalmente ausente es ausencia de plenitud, presencia de nombre y pasado como memoria. Y en tanto vive, elabora, teje en la urdimbre del tiempo un *símbolo* que solo cuando pasa a través del espesísimo filtro de la muerte, se revela en su integridad. Así ocurre con los nombres de los hombres ilustres que se revelan *símbolos* y acaban siendo nombres comunes (Keynes), como Diógenes, Tomás, Quijote y otros. El nombre-símbolo es ya la única presen-

cia funcional de un cuerpo ausente para siempre, dinámica musa de memoria. Esta cristalización la vivimos al evocar a nuestros muertos: el significado ya está muerto. El significante vive con una doble función, también como significado, porque se ha convertido en “símbolo”. De alguna manera así funcionan, me atrevería a decir, las palabras en los grandes textos de los simbolistas. Mallarmé nos enseña las verdades ocultas, las esencias de la lengua de los hombres... Así como Adán puso nombre a todas las criaturas y, junto con Eva, a todos los seres humanos que engendró.

22. El nombre de un ser humano es una *enseñanza*. Porque individualiza, no significando más que una persona, dispone de la fuerza de la mención que induce a la otra persona a una *exploración* cuyo provecho es el *conocimiento* del otro.

La Historia mueve a mención y exploración porque dispone de memoria. Desde el momento en que es concebido el ser humano, se liga orgánicamente al funcionamiento de la memoria. No recuerda sólo el cuerpo, según la aseveración del Poeta, sino que hace que se recuerde también el nombre. Entre la *mención* y la *memoria* no encuentro que haya diferencia sustancial, ni en la vida ni en la Historia. La memoria conduce a la mención, desemboca en la mención. La memoria es la *condición*; la mención es la *acción*, el verbo que se profiere. Entre mención y memoria funcionan dinámicamente aquellas particularidades de la palabra —y de la lengua—, que si mal no recuerdo, en alguna parte señala Peirce: el icono, el indicio, el símbolo. *Icono* del hombre carnal, visible, sensible. *Indicio* —“hypomnema”, esto es “recuerdo, dirían los Padres griegos de la Iglesia— de la personalidad moral, es decir de su entidad espiritual. *Símbolo* de su inmortalidad, cristalización verbal de su existencia en el seno de una lengua, puesto que *el hombre nace en el seno de la lengua*. Así en su nombre y apellidos se concentran *significación y presencia*.

23- Los nombres de los hombres son la manifestación, y a la vez, la garantía del *orden* de la vida, del buen orden de una sociedad. La persona que es declarada palabra-nombre, ocupa su lugar en el simbolismo cósmico, puesto que tiene ya su lugar en la lengua. Me asombra que junto con el rudo presente de la vida, adquiera el hombre el derecho a *metamorfosearse* en nombre, siendo que el Dios Creador lo mismo hace con su multitud de nombres (Dionisio, llamado el Areopagita, Fray Luis de León). A ser cautivado desde el frenético momento de la concepción por la lengua, a penetrar en ella y encontrar un lugar enteramente propio. A que su nombre pueda viajar, ser pronunciado y escrito por todos los hombres en todas las lenguas del universo. Este hecho manifiesta la *validez* del ser humano en un mundo enfermado por la muerte. ¿Es que, pues negamos o traicionamos la gracia, hemos de utilizar la escritura como una diferente, más allá de la primordial, singladura en la vida? (S. Juan Crisóstomo). Adán dio nombre a las criaturas de Dios, no se dio nombre a sí mismo. No queda sino Dios para denominar a los seres humanos que creó. Y entonces, los nombres de los hombres tienen *origen divino*, mientras que no parecen tenerlo las palabras de la lengua. Denotan de este modo el origen divino del ser humano y constituyen la *aportación especial de Dios* al lenguaje.

24. *En el principio era el nombre*, afirmo. Dios «dijo y fueron creados» con palabras, con nombres — por lo menos a la medida del hombre. Con nombres conocemos tanto a Dios como a los hombres. El mundo lleva la carga de una civilización sembrada de nombres y su historia se codifica con nombres — antropónimos y topónimos— en los diccionarios enciclopédicos. Por eso, el primer interrogante de la relación humana es el nombre. En las escrituras, frecuentemente se formula con la profunda vacilación que inspira una presencia supersubstancial, constituyente del

misterio, pero también, como irrevocable derecho moral del hombre sobre los nombres, la interrogación: «¿Quién eres, Señor?» La marea de las revelaciones, el milagro, la subversión del orden del mundo, nada puede refrenar la necesidad del hombre de conocer el nombre de El que actúa. También Homero, en las frágiles fronteras entre mito y libertad, mediante reiteradas interrogaciones sobre los nombres propios, graba en piedras inmortales los nombres de sus héroes, suyos y de sus antepasados. Con ellos opera, como posteriormente los trágicos clásicos. Y se convierten esos nombres en *símbolos de mito* para todas las lenguas del mundo. Con los nombres de los personajes inicia el poeta los trágicos misterios de sus destinos, ahí se condensa su esencia y se religan los enigmas que mantienen su existencia en comunidad de misterio.

Dante, en su reveladora iniciación a los tres ciclos de la vida posthistórica, lo primero que pregunta a Virgilio es los nombres de las criaturas humanas que van encontrando. Con la mención de sus nombres, despierta la memoria entera de sus vidas y se activa el pasado como Historia. Demoler la traba social del nombre pide a Romeo Julieta en la tragedia homónima que es *tragedia* no de personas sino de *nombres*. Y Hamlet, cuando se le aproxima la muerte, su último cuidado es para con su nombre herido. Contemplada desde tal concepción la tragedia griega antigua se nos revela como *tragedia de antropónimos* por excelencia. Cambiad los nombres de sus héroes y veréis resquebrajarse las situaciones. Porque los hombres pierden su rasgo dominante, su *señal*.

El nombre “se ensucia” como el cuerpo del hombre. Puesto que interpreta no sólo a la persona materialmente manifiesta, semblante visible del ser humano, sino también a su persona oculta, moral, el nombre se vincula orgánicamente al *honor* del hombre. Refleja el honor de la persona interior y teniendo también dentro de sí el senti-

do de la gloria y de la fama dinámicamente oculto, puede elevarlo la Historia y también la opinión pública a la altura de lo *célebre*. Entonces se muestra con toda claridad en qué grado el nombre es la señal del cuerpo del hombre.

25. Un hombre que pierde su nombre, pierde su propio ser, se convierte en juguete a merced del mundo temporal. Esta verdad desesperada plasma Pirandello en “El difunto Matías Pascal”, y la perplejidad existencial frente a quien le arrebató su nombre Ramón J. Sender en la “Crónica del Alba”. Una desesperación nihilista de otra naturaleza, que disuelve la existencia de sus elementos, interpreta Kafka con sus héroes anónimos o denotados por una letra del alfabeto: es el límite extremo, allí donde el hombre pende de un hilo-letra para no convertirse incluso en número o para no hundirse en el anonimato que es la desaparición final. O sea, para no convertirse en el homérico “nadie”.

Por el contrario, el hombre puede, por la ley de Dios, cobrar un nuevo nombre decidiéndose a recibir las órdenes sagradas. Entonces, a través del sacramento del sacerdocio, es “rebautizado”, “renombrado” con palabras y su existencia se renueva radicalmente manifestando esta renovación con un nuevo nombre que con frecuencia hace desaparecer —en monjes y obispos— el nombre propio.

26. Mientras que el hombre, criatura del misterio de los cuerpos, viene como cuerpo a este mundo corporal y recibe su nombre comulgando con el pasado —la tradición, sus antepasados y la ley— existen algunas criaturas humanas que reciben su nombre según los procedimientos del espíritu: los “héroes”, los “personajes” que crean los escritores en el inexpresable amor de su arte. En éstos se manifiesta, con el privilegio de la fantasía creadora, un poder *hacedor y donador de nombres* único en el mundo amasado por la cultura. La orgullosa en apariencia expresión de Sartre «Impondría palabras mías, nombres míos» se ilumina y completa, a la luz de un misterioso oficio de corte

divino, con esta otra: “En lugar de prestarle mis gestos, le confeccioné con palabras un cuerpo, que pretendía ver”. El escritor-narrador utiliza su libertad creadora y crea personajes, les da nombres, los complica en situaciones, les hace vivir una vida de común destino con los seres humanos vivos del mundo. Ser imagen de la creación de Dios. Pero los nombres de los personajes de su fantasía, no se crean, casi nunca, «ex nihilo». Se desprenden de una mina forjada por la memoria de siglos de vida precedente. Con todo, «cuando un escritor inventa un nombre propio está sometido a las mismas reglas de motivación que el legislador platónico cuando quiere crear un nombre común: de alguna manera debe “copiar” la cosa» (Roland Barthes). Por eso el narrador antes de bautizar a un personaje, prueba diferentes nombres hasta detectar cuál conviene, cuál se le adapta *orgánicamente*. Esta adaptación es una extraña, sonora armonización del personaje que es creado y el nombre que le es dado, del carácter y la vida que le aguarda. Armonización también con las *memorias* que despierta un nombre al ser pronunciado.

27. El nombre propio transmitido por el escritor no está exento de poder de evocación, del mismo modo que el nombre común (cama, flor, asiento...) que también despierta memorias, pero en cualquier caso, *obligatoriamente*, una memoria: la de la cosa que sabemos que denota. El nombre, sin embargo, de una persona puede cargarse y despertar muchas memorias: referirse a personas que conocimos anteriormente, personas buenas o malas, hermosas o feas, jóvenes o ancianas. El escritor narrador, con arreglo a los nombres que ha vivenciado y con el consejo de su fantasía, su sensibilidad y su memoria, bautiza a sus criaturas. En determinado momento alguno de estos nombres “choca con la memoria del tiempo vivido del lector: una María aparece en el libro bella y bondadosa, mientras que en su vida existe la memoria de una María fea y malvada. La

fuerza del escritor se mide entonces por el grado en que logra «desplazar» de la memoria del lector a la otra María e imponer la suya. En ese caso consigue hacer el personaje creado por él mismo más creíble que aquel vivenciado anteriormente en el mundo por el lector.

28. Los personajes engendrados por los escritores de talento no sólo se muestran vivos y vigorosos, vindicando un lugar en nuestro corazón, en nuestra memoria y en nuestra vida desde el momento en que intimamos con ellos. Son además, independientemente de su creador, en algún caso indisciplinados y exigentes, toman iniciativas que paralizan al escritor al pulsar éste el misterio de la creación en su oculta raíz (reléase “Niebla” de Miguel de Unamuno).

29. Lejos ahora del Cementerio —y, sin embargo, no tan lejos, pues otro Cementerio es también la Historia, Cementerio que se hace visible con los nombres propios— me veo bajo mi noche entre la persona que es el hombre (personne) y la persona que crea el escritor (personnage). La primera, criatura libre dentro de las coordenadas de su naturaleza: responsable, trágicamente misteriosa, hazaña de Dios. La otra confeccionada por el artista creador *por delegación*, comprometida, limitada. Entre las personas que reciben la vida de Dios y las personas que son coleccionadas, emana, de sus nombres, una diferencia de orden lingüístico: las segundas son “seres de papel” (Ducrot-Todorov) que *no existen más allá de las palabras*, que se limitan a estas. Las primeras no se limitan ni siquiera al morir: sus nombres sobreviven arrastrando tras de sí la vida de los seres que los llevaban, una vida que la trágica fe metafísica prolonga a la catarsis de ultratumba, al tiempo infinito, a la eternidad. Sus nombres tienen el poder de una *evocación* y de una *invocación* a la vida vivida, de ahí que los latinos los llamaran *nomina* — al contrario que los nombres comunes que se denominaban *vocabula*. En

la misma medida también las “personas” creadas por los verdaderos escritores adquieren el poder de evocación e invocación, puesto que — como he dicho— se instituyen en *símbolos* — o sea, *signos comunes*.

30. Así como los nombres de los hombres vivos entran en la Historia, del mismo modo entran también en la Historia los nombres de los personajes creados por los escritores. Todos los nombres viven dentro de la Historia — es su destino.

Camino en la Historia hace Alejandro Magno, el mismo camino hace —de otro modo, sin embargo— Don Quijote. Los dos enseñan, interpretan, se vuelven ilusiones, símbolos, expresan “lugares comunes” del ser humano y de su vida. El hombre acepta a ambos con sus “realidades” que la lengua interpreta con palabras y los imagina ausentes, según la enseñanza de Proust. *In absentia* de las personas, funcionan sus nombres que la Historia labra ininterrumpidamente “para preservar del olvido sus nombres y sus sentidos” (Ernst Jünger).

31. Un extraño *desdoblamiento antroponímico* se presenta en las personas que eligen e imponen a sus semejantes un *pseudónimo*. Escritores o gentes del espectáculo, pero también héroes del hampa, honestos o no, aprenden a oír y atender por dos o más nombres. El primero es el de su existencia, cuando vino al mundo y por éste nadie le preguntó. El segundo es de su propia elección, es un *nombre-máscara* detrás del cual se esconde el *nombre-persona*, bien porque no gusta, bien porque se ha de proteger de futuras conductas de los hombres, bien, incluso, por gracia de un juego poético (Ducasse/Lautréamont, Beyle/Stendhal, Fernando Pessoa / Alberto Caeiro / Ricardo Reís / Alvaro de Campos...). A lo largo del desarrollo del tiempo de la vida, llega un momento en que el nombre-máscara derrota al nombre-persona, le absorbe el vigor y le quita la vida. Esta muerte, con la libertad del arte, implica la desa-

parición de las reglas de la tradición en la imposición del nombre a la persona — de la familia y de la ley. Se presenta, sin embargo, como donante de una más amplia libertad al hombre y como apertura hacia la *fantasía existencial* que constituye una nueva propuesta de nombre en la Historia.

Nadie siente —excepto aquel que funciona como ser con pseudónimo— cuán profundamente, bajo el nombre-máscara, operan habitualmente aún las palabras — nombre y apellidos de la persona y resucitan una vez al año, cuando se celebra la onomástica de cada cual.

32. La sociedad humana entera está estructurada con el material de la lengua, con las palabras que la expresan y la simbolizan. Sin embargo, las junturas de la sociedad en que funciona una lengua completa y cargada de memorias, son los antropónimos. Ellos elaboran el material de la Historia y llenan de sentido la vida social humanizándola. Porque expresan a las personas de los hombres con estremecedor laconismo y vertiginosa plenitud. Estimulan convenientemente nuestra memoria haciéndola productora de formas y nos salvan, cuando se pone el sol de nuestros cuerpos, tendiéndose sobre la silenciosa tierra. Este silencio llena con nombres el poeta (Giuseppe Ungaretti).

33. Salgo del Cementerio caída ya la tarde, cuando el mundo se abre como una granada oscura y resplandece con enigmas que cortan el aliento. La vida me recibe rebosante de antropónimos: de los parientes, de los amigos, de las personas queridas, de Dios — antropónimos de la Historia en las calles, en los libros, en los medios de comunicación en los fríos registros de la sociedad. De un universo lleno de antropónimos salí, a un universo sembrado de antropónimos llegué. Los nombres combaten el material del silencio que llevo conmigo, mi nombre y apellidos soportan la carga del silencio del cuerpo, del silencio de mi muerte. Y por encima de la muerte —como por encima de la Cruz de la Pasión de Cristo la fragante albahaca— vi

florecer millares de antropónimos en el Cementerio. Leí y comprendí. Con ellos medí al hombre, la fuerza de la memoria, del amor y de la muerte. Estoy repleto de antropónimos, soy un antropónimo que viaja bajo el estrellado silencio de Dios, por el ponto de la muerte, embriagado de vida feroz. Al fin, me encerraré en mi nombre-crisálida y me ocultaré como alma para volar alto.

NOTAS

Nunca conoces el momento ni las circunstancias en que la revelación golpeará con su pico tu existencia. En cuanto a mí que, estos últimos cinco años, vivo mis momentos más intensos en el Cementerio, he de escribir que me fue revelado el profundo sentido de los Antropónimos. La verdad erraba dentro de mí desde hacía tiempo y yo la creía perdida. En mi ensayo “Música” de modo casi instintivo había dicho: «En todas las tumbas resuenan musicalmente trenos, cantos fúnebres, palabras, voces, nombres» (pág. 17). Hasta que el viernes 22 de noviembre de 1982, viajando de París a Barcelona, sentí relampaguear súbitamente en mi interior, y se me cortó el aliento, la estructura íntegra de este texto. La anoté en la última página, en blanco, de los Poemas de C. P. Cavafis que leía en aquel viaje.

Más tarde —metamorfoseado ya en Barcelona como de muerte en vida—, al regresar a Atenas, investigué algunos textos que me iluminaran y me animaran en la labor que deseaba convertir en libro. Quería probar, profundizar ese pensamiento en mi interior con su ayuda. Dejo aquí constancia de esos textos con agradecimiento al nombre de sus Autores.

Platón, *Crátilo* — Dionisio Areopagita, *Sobre los nombres divinos* — Roland Barthes, *Le degré zero de l'écriture* suivi de *Nouveaux Essais critiques*, Seuil, París 1972. / Trad. española: *El grado cero de la escritura* seguido de *Nuevos ensayos críticos*, traducción de Nicolás Rosa, Siglo XXI Argentina Editores, S. A., Buenos Aires 1973. — Noam Chomsky, *El lenguaje y el entendimiento*, Trad. de Juan Ferraté y Salvador Oliva, 3.^a edición, Seix Barral, Barcelona 1980. — Jacques Derrida, *L'écriture et la différence*, Seuil,

París 1967. — Miguel 'Ooίς, *Antroponimia Latina* en la *Enciclopedia de Lingüística Hispánica* vol. I., Madrid 1962. — Oswald Ducrot - Tzvetan Todorov, *Dictionnaire encyclopédique des Sciences du langage*, Seuil, París 1972. — Fray Luis de León, *De los nombres de Cristo*, Espasa-Calpe, Madrid 1957. — Agustín García Calvo, *Lalia*, Siglo XXI, Madrid 1969. — M. L. Heitzmann Pérez, *Nombres bíblicos en el Santoral católico*, Edicions Universitat de Barcelona, Barcelona 1982 — Román Jakobson, *Lingüística y Poética*, Trad. de Ana María Gutiérrez Cabello, Cátedra, Madrid 1981. — Otto Jespersen, *La Filosofía de la gramática*, Anagrama, Barcelona 1975. — *Man Kind, Nation and Individuel*, George Alien and Unwin Ltd., Londres. — Julia Kristeva, *Le langage, cet inconnu*, Seuil, París 1981. Ezra Poud, *ABC de la lecture*, Trad. francesa de Denis Poche, Idées-Gallimard, París 1966. — Jean-Paul Sartre, *Les Mots*, Gallimard, París 1963. — George Steiner, *Langage and Silence*, Trad. francesa de Lucienne Lotringer, Seuil, París 1969. — *Extraterritorial-Papers on literature and the language revolution*, Trad. española de Francisco Rivera, Barral, Barcelona 1972. — Stephen Ullman, *Semantics*, Basil Blackwell, Oxford 1972. — Ludwig Wittgenstein, *Tractatus Logico-philosophicus*, Trad. española de Enrique Tierno Galván, Alianza Universidad, Madrid 1973. — Tel Quel, *Théorie d'ensemble*, Seuil, París 1968.

NOTA DEL TRADUCTOR

Las citas del *Crátilo* de Platón, de Dionisio Areopagita, de San Pablo y las tomadas de la liturgia de la Iglesia griega ortodoxa han sido vertidas al castellano por el traductor.

La cita de la *Odisea* (Canto VIII) está tomada de la traducción de José Luis Calvo en Editora Nacional, Madrid 1976.

Las citas de Roland Barthes pertenecen concretamente al ensayo *Proust y los nombres* y han sido tomadas de la traducción española de Nicolás Rosa.

Las citas de *Les mots* de Sartre han sido vertidas del original francés por el traductor.

La cita de Wittgstein está tomada de la traducción de Enrique Tierno Galván.

Finalmente las citas de Pound, Weis, Ducrot-Todorov y Jünger han sido vertidas por el traductor del texto griego, o sea de la traducción griega del autor.

